

El teatro de lo humano: venganza o perdón *El viajante*, de Asghar Farhadi

Francisco José García Lozano

Facultad de Teología de Granada
E-mail: franciscojgl@hotmail.com



El cineasta Asghar Farhadi fue noticia en la pasada edición de los Oscar no tanto por su película como por su decisión de no acudir a la ceremonia en solidaridad con el resto de ciudadanos iraníes afectados por el veto migratorio de Donald Trump. *El viajante* acabó llevándose el premio al mejor filme de habla no inglesa, una decisión que se ha leído sobre todo en clave

política. Más allá de esa anécdota, Asghar Farhadi nos propone una admirable pieza de cámara con un entramado sutil, complejo y claustrofóbico, con pocos personajes que se enfrentan cada a uno a su propia deriva interior. La segunda estatuilla para Asghar Farhadi, tras el recibido por *Nader y Simin, una separación*, le une al selecto club de ganadores del Óscar a mejor película extranjera compuesto entre otros por Ingmar Bergman, Federico Fellini, Vittorio De Sica o Akira Kurosawa.

Tras el paréntesis francés que supuso *El pasado* (2013), con *El viajante* Asghar Farhadi¹ regresa a

¹ Nacido en Khomeyni Shahr (Irán) en 1972, tras licenciarse en la Universidad de Teherán, se inició en el lenguaje audiovisual con pequeñas piezas rodadas en 8 y 16 mm para la Sociedad Iraní de Jóvenes Cineastas de Isfahán. Su debut en el largometraje llegó en 2003, con *Raghs dar ghobar*. A propósito de *Elly* (2009), su cuarto largometraje, ganó el Oso de Plata a la mejor dirección en la 59ª edición de la Berlinale. Precisamente, en la capital alemana volvería

Irán con un proyecto que recuerda bastante a su título más popular. Aquí volvemos a encontrar a una pareja como protagonista. Pero, al contrario de lo que sucedía con Nader y Simin, cuando arranca la película Emad (Shahab Hosseini) y Rana (Taraneh Alidoosti) se encuentran todavía en una etapa feliz de su relación. Acaban de mudarse a un nuevo piso. El anterior corría el riesgo de derrumbarse, así que han aceptado el primero que han encontrado a través de un colega de la compañía de teatro de la que son miembros. Todo ha ido tan rápido que la inquilina anterior todavía tiene allí sus cosas. Una noche, Rana aprovecha para ducharse antes de cenar mientras su marido va a la compra. Llamam al telefonillo y, confiada, abre la puerta antes de regresar al baño. Cuando Emad vuelve a casa, descubre que su esposa ha sido agredida. El ataque empieza a erosionar una vida en pareja que hasta ahora había transcurrido con total armonía.

Farhadi es un maestro a la hora de desplegar dramas personales en forma de "thriller". Una tensión latente se apodera de *El viajante* mientras los dos personajes se en-

a saborear las mieles de la victoria, esta vez con el Oso de Oro bajo el brazo, con *Nader y Simin, una separación* (2011), con la que doce meses después obtendría el Óscar.

frentan de forma diversa a la agresión que ha sufrido Rana. Emad se lo toma a modo personal, como si la víctima hubiera sido él. En su interior va amasando una profunda sed de venganza espoleada por su obsesión por descubrir qué pasó exactamente. ¿Quién fue el hombre que asaltó a su mujer? ¿Tiene que ver algo la antigua inquilina en el allanamiento? Una furgoneta abandonada se convierte en la pista a través de la que seguir el rastro del sospechoso. Rana, mientras tanto, intenta sobrellevar el trauma a través de cierto mutismo y de aferrarse a la vuelta a la rutina.

La mecánica narrativa de *El viajante* no sorprenderá a nadie que conozca el cine previo de Asghar Farhadi. Primero, porque es un melodrama familiar estructurado a la manera de una intriga detectivesca y protagonizado por gente atrapada en una red de emociones confusas, sentimientos miserables, oscuros secretos y dilemas morales complejos. Segundo, porque transcurre mayormente en un apartamento donde se escenifican divisiones –hombres *vs.* mujeres, la tradición *vs.* lo moderno, la élite cultural *vs.* el vulgo, venganza *vs.* perdón–. Tercero, porque usa un incidente doméstico y sus efectos para orquestar una sucesión milimétricamente precisa de giros ar-

gumentales y revelaciones, y en el proceso nos invita a decidir quién tiene razón y quién no.

A lo largo del metraje los protagonistas se encuentran inmersos en la representación de “Muerte de un viajante”, obra del dramaturgo Arthur Miller que la pareja desempeña junto al resto de su grupo en un teatro de la localidad. A lo largo de la película, Farhadi intercala escenas de esta obra con un evidente y doble propósito. Primariamente, el antes, durante y después de la propia representación es clave para el desarrollo de los hechos porque hasta allí se desplazan las secuelas del conflicto que atraviesa el matrimonio. Pero esta pieza teatral también sirve como una especie de metáfora acerca del relato principal. Una dualidad teatro-cine que históricamente ya se ha explorado varias veces y que aquí Farhadi pretende situar en un plano alejado de excesivas pretensiones, prefiriendo ser más explícito al actuar sobre ciertos detalles como las conversaciones improvisadas o las luces que se apagan al acabar la función, sin obviar la más tangible de todas: el propio título del filme.

La tensión acumulada a lo largo del metraje desemboca en un tramo final en que Farhadi enfrenta a su protagonista masculino a un dilema ético que emponzoña toda-

vía más su carácter. Cada vez más alienado por su personaje, la vida mental de Emad y su conducta se rigen por la máxima de alimentar la representación de su familia con una normalidad inaguantable. Recurre para ello a ilusiones y deseos de venganza que, de tanto repetirse, construyen la narrativa de su nueva vida. El comportamiento de los hombres en la película es hereditario de la brutalidad machista hegemónica de su país, seres rencorosos y egoístas que piensan que con la destrucción y la humillación retributiva serán felices; cuando el verdadero motivo de su infelicidad reside en su comportamiento como tara a su estilo de vida ejemplar de docente de un colegio y en su incapacidad para olvidar. La mujer, por el contrario, aunque es quien más sufre mentalmente, es piadosa y humilde. Conoce bien que su felicidad no pasa por arruinar la vida de nadie y, en su vergüenza y padecimiento, será la única que pueda poner límite a los accesos violentos masculinos. Farhadi es capaz de retratar en un simple gesto de sus intérpretes, extraordinario Shahab Hosseini, la opresión que les rodea. Lo que aparenta ser una crónica de la cotidianidad doméstica de una familia se convierte en una reivindicación de la mujer, de la compasión y del perdón, pero sin complacencias. A través de

un poderoso lenguaje visual y de unos magistrales diálogos se atisban la emoción y el dilema moral en todo momento, algo que obliga a la conciencia del espectador a reflexionar. Quizás, con un discurso narrativo tan coherente podría haber prescindido de referencias intertextuales tan manifiestas, lo que da como resultado un filme menos fluido y más redundante que *Nader y Simin*; una obra, en fin, a la que se le nota más las costuras y se le adivinan antes las intenciones.

Farhadi ya había demostrado su maestría en el trazado de la burguesía persa en trabajos anteriores. El cineasta regresa a zonas ya transitadas, y aunque no alcance a sus obras más completas, es una película que roza, por momentos, la excelencia. ■

Título original: Forushande, The Salesman, البائع

Guión y dirección: Asghar Farhadi.

País: Irán.

Duración: 125 minutos.

Género: Drama, drama psicológico.

Reparto: Emad (Shahab Hosseini); Rana (Taraneh Alidoosti); Babak (Babak Karimi); El hombre (Farid Sajjadihosseini); Sanam (Mina Sadati); Kati (Maral Bani Adam); Siavash (Mehdi Koushki).

Fotografía: Hossein Jafarian.

Música: Sattar Oraki.

Web oficial:

<http://golem.es/elviajante/>